**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***8. Comienzan las batallas - Parte I***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***8. Comienzan las batallas - Parte I***

*Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el Señor tu Dios te acompañará dondequiera que vayas.* Josué 1:9 (NVI)

**Introducción**

Los israelitas enfrentaban un terrible desafío militar en el que «la derrota no es era opción». Había llegado el momento de entrar a la tierra que Dios había prometido darles hacía más de seiscientos años antes. Era tiempo de comenzar el siguiente capítulo en la Historia Principal de Dios. Justo antes morir, Moisés designó a un hombre llamado Josué para que lo sucediera como líder de la nación que Dios estaba edificando.

**Uno de los espías**

Unos cuarenta años atrás, Josué había sido uno de los doce espías a los que Moisés había seleccionado para hacerle una visita furtiva a la tierra de Canaán (la tierra prometida), examinarla y traer un informe. Cuando regresaron, esta docena de tipos diligentes trajeron las proverbiales «buenas y malas noticias»., Sí, de veras era una tierra que fluía leche y miel. ¡Un solo racimo de uvas era tan grande que tenían que llevarlo entre dos hombres! ¿Las malas? ¡Los cananeos eran en proporción tan grandes las uvas!

Los nativos eran guerreros grandes, altos con miradas capaces de asustar a cualquiera. Los espías explicaron que se sentían como langostas al compararse con los gigantes de Canaán y le dieron una recomendación a Moisés: *“No podremos combatir contra esa gente. ¡Son más fuertes que nosotros!”* (Números 13:31). Dos de los espías –Josué y un hombre llamado Caleb– estuvieron en vehemente desacuerdo con esta declaración desesperanzadora. Ellos recomendaron un ataque inmediato, pero los otros espías ya habían empezado a esparcir las malas noticias por la comunidad entera. Durante toda la noche los israelitas se quejaron contra Moisés, añorando una vez más los viejos días de la esclavitud bajo el faraón. Es más, casi sugirieron elegir a un nuevo líder y regresar a Egipto. Josué trató con desesperación de cambiar sus mentes con una súplica apasionada:

*La tierra que recorrimos y exploramos es increíblemente buena. Si el Señor se agrada de nosotros, nos hará entrar en ella. ¡Nos va a dar una tierra donde abundan la leche y la miel! Así que no se rebelen contra el Señor ni tengan miedo de la gente que habita en esa tierra. ¡Ya son pan comido! No tienen quién los proteja, porque el Señor está de parte nuestra. Así que, ¡no les tengan miedo!* (Números 14:7-9).

**Cuidado con lo que pides**

Sin embargo, la gente no escuchó. De modo que los obstinados israelitas siguieron su camino, e hicieron mucho más. No solo no cruzaron hasta la tierra prometida, como Josué recomendó, sino que se quedaron en el desierto por el resto de sus vidas. A veces el mejor castigo es darle a alguien exactamente lo que quiere, y eso fue lo que Dios hizo. Él impidió que una generación entera de su pueblo entrara a la tierra prometida, excepto por dos personas: Josué y Caleb. Ahora, con Moisés muerto, Dios le dijo al valiente capitán Josué: «Prepárate, es tiempo de entrar».

Nada había cambiado del otro lado del Jordán desde que Josué y los demás espías fueran a ver cómo eran las cosas allí. Si algo hubiera cambiado, las ciudades podrían haber estado aun más fortificadas. Y la gente todavía era muy grande. Hace cuarenta años Josué era joven y fuerte, tal vez hasta un poco más ingenuo e impetuoso. Siendo ahora mayor y más sabio, se daba cuenta perfectamente de que no tenía ninguna posibilidad. Su primer desafío era simplemente hacer cruzar a todos los israelitas el Río Jordán. Una cosa es lograr que unos pocos espías crucen el río a flote, ¡pero hacer cruzar a más de un millón de personas sin ningún puente, parecía algo imposible!

**Un verdadero reto**

Entonces tuvo lugar un ritual de circuncisión especial que Dios les ordenó que llevasen a cabo antes de entrar en batalla. La circuncisión era una señal exterior del pacto de Dios con su pueblo, y esta nueva generación de hombres no había sido circuncidada. Como si cruzar un río y la perspectiva de circuncidarse no fueran suficientes, el plan de batalla de Dios para su primera conquista –la ciudad amurallada de Jericó– tenía que haberle dado a Josué mucho en qué pensar: marchen alrededor de la ciudad, toquen las trompetas y griten. Eso era todo. El plan divino de batalla era marchar y hacer ruido.

La nación escogida de Dios había esperado más de seiscientos años para entrar a la tierra que él les había prometido. Casi lo logran cuarenta años antes, pero su temor al enemigo y obstinada negación a confiar en Dios les impidió la entrada. Finalmente, luego de años de deambular por el árido desierto, Dios le da a una nueva generación la oportunidad de reclamar esta tierra rica y abundante como suya. Solo se necesitaba cruzar el río, llevar a cabo la delicada cirugía en todos los hombres, y después marchar alrededor de una ciudad fortificada y habitada por gigantes. Nada en el plan de Dios tenía sentido. Al menos no desde la perspectiva de la Historia Secundaria. Como ya lo hemos visto en otras ocasiones, las cosas rara vez lo tienen. Los caminos de Dios no siempre son nuestros caminos, y esto es porque él siempre tiene la Historia Principal delante de sí en su mente.

**Conclusión**

La comunidad en la que el Señor puede habitar será diferente a toda otra comunidad, porque sus ciudadanos obedecerán a Dios en vez de seguir su propio juicio lógico y sus deseos subjetivos. Una manera en la que determina nuestro nivel de confianza es probándonos. Nuestras “espadas y flechas” pueden parecernos las mejores armas para pelear las batallas de Dios, pero él nos pide que lo hagamos a su manera, aun si nos parece la receta para un fracaso seguro. Dios sabía exactamente lo que le estaba pidiendo a Josué que hiciera. También sabía que el líder era un ser humano, así que para animarlo en su tarea de guiar a los israelitas a una batalla peligrosa le dio una pequeña charla estimulante. Tres veces le repitió estas palabras: «Sé fuerte y valiente». Tal vez percibiendo un poco el nerviosismo del pobre Josué, agregó: “No temas” (Josué 1:6, 7, 9). Este aliento es un tema primordial en la Historia Primcipal. Variantes de la frase “no temas” aparecen más de cien veces en la Biblia. La comunidad que Dios está creando para nosotros no se caracteriza por el temor, a pesar de que enfrentemos muchos momentos aterradores.

*Sé fuerte y valiente porque tú harás que este pueblo herede la tierra que prometí a sus antepasados. Solo te pido que seas fuerte y muy valiente para obedecer toda la ley que mi siervo Moisés te ordenó. No te apartes de ella ni a derecha ni a izquierda; solo así tendrás éxito dondequiera que vayas. […] Ya te lo he ordenado: ¡Sé fuerte y valiente! ¡No tengas miedo ni te desanimes! Porque el Señor tu Dios te acompañará dondequiera que vayas».* (Josué 1:6, 7, 9).